

Presentación

Palabras de vuelta
(o cómo recuperar la memoria cívica)

Por Fundación Felipe González

Sería difícil, por no decir imposible, imaginar un mismo tema sobre el que pudieran escribir Julia Navarro y Jacobo Bergareche, Manuel Vilas y Javier Pérez Andújar o Eduardo Madina y Manuel Jabois. Un mismo tema sobre el que también pudiera dibujar Alfonso Zapico y, a la vez, ser dramatizado por Laura Rubio Galletero o inspirar poesía a Loreto Sesma.

Agrupar en un mismo libro a algunos de nuestros mejores novelistas, dibujantes, dramaturgos y poetas, un grupo variado y variopinto, tan heterogéneo como heterodoxo, sólo ha sido posible por la extraña coincidencia que nos permitía apelar a su responsabilidad cívica y a su generosidad personal a partes iguales. Les pedimos, nada más y nada menos, que prestaran su voz para hacer oír la de otros, la de cientos de ciudadanos que escribieron cartas a Felipe González.

En la actualidad parece casi imposible hacer un análisis de cualquier acontecimiento sin contar con el testimonio de las personas anónimas que son testigos de lo sucedido. Los poderes públicos, los grandes grupos de comunicación, los partidos políticos, todos quieren conocer qué piensan los ciudadanos. Esto que hoy nos parece una práctica habitual

no ha sido siempre así, es algo que únicamente llega con las sociedades de masas y democráticas, que son las que reconocen los derechos de ciudadanía. En la era digital en la que nos hallamos inmersos, cualquier asunto público genera instantáneamente un debate abierto en el que los ciudadanos pueden emitir su opinión y hacérsela llegar de modo directo a articulistas, directores de periódico, ministros o incluso presidentes de gobierno. Cuentan las audiencias, cuentan los *likes*, cuentan los *focus group*, cuentan los *followers*. Pero hubo un tiempo en que no necesitábamos anglicismos para expresar la participación y en que, para hacer llegar nuestra voz, nos hacíamos con papel y lápiz, comprábamos un sello y un sobre, y nos sentábamos a escribir. Era, curiosamente, un ejercicio de ejercer la voz en silencio.

La carta como instrumento de comunicación cotidiana, insustituible a lo largo de siglos, permanece prácticamente inalterable hasta la irrupción en nuestras vidas de las tecnologías de la información y la comunicación. Su valor es indiscutible y sus tipologías y funciones muy variadas a lo largo de nuestra historia. Existen y han existido siempre las cartas de amor, familiares, de saludo y felicitación formal, cartas de dimisión, cartas oficiales y hasta cartas secretas. Las cartas son, incluso, un género literario como *Las Cartas Persas de Montesquieu* o las *Cartas Marruecas* de José de Cadalso. Las cartas han decidido guerras, negocios o matrimonios, nos han hecho pensar, reír y aprender, pero todas ellas, sea como sea, tienen en común que establecen una relación de compromiso entre destinatario y remitente. Poner en valor ese compromiso sacando a la luz estos documentos, como modestamente intenta nuestro archivo, sigue siendo una asignatura pendiente.

El proceso de alfabetización masiva de la población que se produce desde principios del siglo XX, sumado, entre muchos otros factores, al desarrollo de las comunicaciones da lugar a un aumento cada vez mayor de la producción escrita y, por tanto, del intercambio postal. Así, nos encontramos hoy en el eje de tránsito, justo en medio del cambio del paradigma analógico al paradigma digital. El nuevo contexto informacional y tecnológico nos obliga a mutar, a modificar nuestras costumbres y a migrar a escenarios

desconocidos. Las cartas se transforman en un conjunto versátil de formas y soportes que sustituyen y amplían las vías de comunicación en todos los sentidos. La preservación digital a largo plazo de estos nuevos soportes y la incorporación y tratamiento de estos nuevos tipos documentales son, de hecho, dos de las grandes preocupaciones de la comunidad archivera nacional e internacional.

En torno a la segunda década del siglo pasado se presentan los primeros estudios basados en la utilización de los documentos personales de ciudadanos anónimos y en la correspondencia como recurso para la investigación. Entre 1918 y 1920 se publica por primera vez una obra en cinco volúmenes que agrupa un gran corpus de cartas intercambiadas por campesinos polacos y sus familiares emigrados a América. Su objetivo principal es utilizar la experiencia del individuo común y anónimo como metodología para el análisis de los cambios sociales. No será hasta la década de 1960 y 1970 cuando se amplíe el concepto de documento y los historiadores muestren un interés definitivo por este nuevo conjunto de fuentes documentales producidas por los grupos populares. Los primeros estudios centrados en el análisis de estas escrituras y de los documentos personales no profesionales se realizan un poco más tarde, durante la década de 1980 y 1990.

Afirman los expertos que la carta como tipología documental es complicada, que tiene un carácter ambiguo que viene dado por su múltiple condición: en primer lugar, la carta es un objeto personal tangible, original y auténtico; en segundo lugar, se trata de un soporte contenedor de información escrita y explícitamente subjetiva y, en tercero, su discurso o narración permite vislumbrar el imaginario colectivo de una época. También nos explican que, precisamente por lo anterior, su conservación no ha sido sistemática y su tratamiento en los archivos tampoco.

Coincidiendo con la publicación de este libro, se ponen a disposición ciudadana a través del Archivo de la Fundación Felipe González

una muestra significativa de aproximadamente seiscientas cartas escritas por ciudadanos anónimos, algunas de ellas reproducidas en estas páginas acompañando a cada uno de los capítulos.

Efectivamente, los expertos tenían razón. Cuando desde la Fundación decidimos abordar este fondo –cartas ciudadanas dirigidas a Felipe González desde que es nombrado secretario general del Partido Socialista Obrero Español en 1974, durante su etapa como presidente del gobierno entre 1982 y 1996, y ya como expresidente desde 1996 hasta la actualidad– fuimos conscientes de las dificultades. Se habían conservado un grupo importante de cartas desde 1976 hasta 1982 y también desde 1993 hasta 1996, varios meses después de que Felipe González perdiera las elecciones en marzo de ese mismo año. Estaban dispersas, escondidas entre un sinfín de cajas, mezcladas en muchos casos con documentos de otro tipo. Aún así, conseguimos identificar varias series. En algunos casos por casualidad, encontramos cartas de militantes enfadados, de asociaciones religiosas en contra del divorcio, cartas de viejos republicanos, pero todas ellas estaban fechadas en torno a 1980 y a 1996. Sin embargo, el grueso de cartas de la etapa de presidencia no aparecía.

Según lo que hemos podido averiguar, este gran grupo no se ha conservado (1983 a 1993), nadie reparó a lo largo de los años en que un día podían ser una fuente histórica de información interesante. Puede que hoy nos llevemos las manos a la cabeza, pero si lo pensamos un poco más despacio podemos entenderlo, también con la ayuda de los expertos. En España no tenemos costumbre histórica de guardar aquello a lo que no damos una importancia inmediata. La cultura de la memoria, la reivindicación de los documentos para su difusión como un bien ciudadano y una herramienta para la rendición de cuentas y para la transparencia, incluso hoy en día no termina de calar entre los responsables públicos. Sería muy necesario un marco normativo claro y procedimental, un diseño de políticas públicas fuertes acompañadas de dotación que permitieran establecer procedimientos siste-

máticos para la gestión y difusión documental desde un punto de vista integral, dando también valor a estos documentos «raros» y complejos, que tanto incomodan a los que trabajamos con archivos.

Es la primera vez en España (y quizá en el mundo) que se publica un corpus documental de este tipo. Es la primera vez que un archivo de un presidente pone a disposición ciudadana las cartas que le fueron enviadas a lo largo de distintos momentos de su trayectoria política, en tiempos tanto de éxitos como de fracasos. Para dar voz a estas cartas y *devolver* estos documentos al público, hemos pedido a autores de distintas generaciones, de ámbitos geográficos y políticos diversos, que se encontraran con ellas, que conversaran con ellas, para que de ese modo pudiesen escribir unas palabras *de vuelta*.

Así lo han hecho. Han escrito, incluso dibujado, sobre el 23F, sobre propuestas arbitrarias y geniales para cambiar el mundo, sobre abortos en situaciones dramáticas, sobre presos, sobre terrorismo. Han sido el altavoz que nos permite escuchar al conjunto de voces anónimas que son testigos de nuestra historia.

Si bien las cartas intercambiadas entre líderes políticos nacionales e internacionales permiten construir un mapa de relaciones de poder y reflexionar sobre cómo funciona o cómo se comunica un Gobierno por dentro, las cartas ciudadanas permiten reconstruir el archivo de una época.

Con la publicación de este libro y la puesta a disposición de esta colección de correspondencia ciudadana, desde la Fundación Felipe González esperamos contribuir a consolidar la idea de que nuestra memoria importa, de que recuperarla es un ejercicio de civismo imprescindible. De que si queremos saber hacia dónde vamos, no debemos olvidar de dónde venimos.

Decía Ricardo Piglia que escribir una carta es enviar un mensaje al futuro; hablar desde el presente con un destinatario que no está ahí, del que no se sabe cómo ha de estar mientras le escribimos y, sobre todo, después: al leernos.

Decía también que la correspondencia es la forma utópica de la conversación porque anula el presente y hace del futuro el único lugar posible del diálogo. Recuperar las voces de una época, ponerlas a disposición de todos, escucharlas, releerlas... En definitiva, *devolverlas*, nos parece un ejercicio de futuro que vale la pena. Esperamos que también lo sea para todos ustedes.